

SEÑALES

Víctor Hugo

□ Cincuenta años se conmemoran desde la muerte del gran poeta, nacido en Besancon en 1802 y muerto en París en 1885. La actualidad de esta memoria hace renacer una época. Y se establecen contrastes y se aprecian semejanzas que apenas resaltan sobre un recuerdo constante que mantiene la obra del recordado. Hijo del capitán José Leopoldo Sigisberto, conde Hugo después y coronel en Italia y general en España, bajo Pepe Botellas, Víctor salió de París, en unión de su madre y sus dos hermanos, primero para Nápoles, donde el padre perseguía a Fra Diávolo, luego para España, donde Sigisberto mandaba en jefe la región de Segovia, bregando a diestro y siniestro con el Empecinado. Hugo conservó de este viaje a España un recuerdo que le acompañó toda su vida. Al pasar por un pueblecito vasco, se le grabó el nombre para salir a flote al cabo de muchos años: Ernani. El le pondría una hache para nombrar a un bandido caballeresco. Lo que vió de España lo guardó en su memoria hasta el punto de —como dice Pierre Scize— poder ser reclamado por los españoles como poeta nacional, por su inspiración. Lo que no vió, lo supo imaginar de tal suerte, que ningún viajero actual puede negarle la verdad de sus versos:

Alicante aux clochers méle les minarets...

Cordoue aux maisons vieilles

a sa mosquée où l'oeil se perd dans des merveilles...

y a propósito de Salamanca:

*S'assied sur trois collines
s'endort aux sons des mandolines
et s'éveille en sursaut aux cris des ecoliers...*

hasta inventar, con un ripio espléndido, envidiable:

*Le poisson qui rouvrit l'oeil mort du vieux Tobie
se joue au fond du golfe où dort Fontarabie...*

Vuelto de España, vivió en las Feuillantines, cuyo jardín ha quedado en uno de sus más bellos versos. En 1822, publicó su primer libro: *Las Odas*, que le valieron una pensión y el permiso para casarse con Adela Foucher. Este matrimonio (precedido por una romántica historia, en la que los padres de Adela y de Víctor, amigos antes de nacer éstos, habían brindado, al reunirse después de sus matrimonios, por que las dos familias por venir se unieran), no fué todo lo constante en su concordia que hubiera sido de desear. Sainte-Beuve, amigo de Víctor y constante visitador de su casa, enamoró a Adela Foucher, hasta el punto de que Víctor tuvo que echarlo de su mansión violentamente. En desquite, el poeta halló una Egeria en la actriz Julieta Drouet, cuyo amor e inspiración le acompañaron hasta el fin. No sin que Adela, la infiel, acometida de celos, consiguiera, dejando ella a Sainte-Beuve, que Hugo abandonara su relación íntima con Julieta Drouet.

Víctor Hugo, (aquel loco que se creía Víctor Hugo, como dice Cocteau), era un hombre demasiado dedicado al arte, demasiado elocuente y persuadido de sí mismo, para que el amor en él no fuera más que una autoadmiración nueva y quizás declamatoria. Sainte-Beuve era más comprensivo y seguramente más delicado. La misma fuerza de Víctor —cuya virilidad resplandeció hasta la vejez— no excusa que Adela se encontrara

con una *amitié-amoureuse* que probablemente no pasó mucho más allá de lo elástico de esta denominación, tan particularmente gálica.

Hugo tenía una fuerza extraordinaria, no sólo en su imaginación y carácter, sino física. Se sabe de él, que, comiendo un día en casa de Alejandro Dumas, decidió distraer a los comensales y, además, lucirse. Se metió en la boca una naranja entera, con cáscara. Rellenó los rincones que le quedaban libres, con tantos terrones de azúcar como le fué posible. Y se puso a mascar todo aquello, tras sus labios completamente cerrados. A la mitad de la operación, trasegó unos buches de kirsch y, unos momentos después, abrió la boca riendo. Todo se lo había tragado. No perdió un solo diente en toda su vida.

Hablaba a veces, muchas veces, en verso, manifestando que le costaba trabajo hablar en prosa en numerosas ocasiones, al revés que Monsieur Jourdain. Su orgullo era célebre. Un día que se paseaba por su jardín, en actitud olímpica, se le acercó Leconte de Lisle. ¿Sabes en lo que estaba pensando?—preguntó el autor de *La Leyenda de los Siglos* al de *Los Poemas Antiguos*. Seguramente, en una nueva obra, maestro. No. Estaba pensando en lo que podré decirle a Dios cuando me encuentre en su presencia... —¡Oh!—contestó Leconte de Lisle: —Le diréis: «Mon cher confrère...».

La inspiración le brotaba constantemente. Una mañana volvía del Jardín del Luxemburgo y decía a Sainte-Beuve: Si encontrara a Béranger, le daría ahora mismo el motivo para una bella canción. Acabo de encontrar a M. de Chateaubriand en el Luxemburgo. No me ha visto. Estaba pensativo, absorbido, mirando a los niños que, tendidos en el suelo, hacían figuras y jugaban con la arena. Si yo fuera Béranger, haría una canción sobre eso: «Yo he sido ministro, he sido embajador, etc.; tengo la orden del Espíritu Santo, el Toisón de Oro, el gran cordón de San Andrés, etc... y una sola cosa, al fin y al cabo, me divierte: ver a los niños jugando sobre la arena... Yo he escrito

René, he escrito *El Genio del Cristianismo*; he dominado a Napoleón; he abierto la era poética del siglo. Y sé que una sola cosa me divierte: ver a los niños jugando en la arena. He visto América, he visto Roma y Grecia; he visto Jerusalén, etc...». Y después de cada enumeración de fortunas, grandezas y honores, contaba Sainte-Beuve, añadía siempre aquellas palabras: ver los niños jugando en la arena. El cuadro trazado por Víctor Hugo era perfecto. Jamás lo que separa la canción, de la oda propiamente dicha, me ha sido mejor definido.

Desterrado, vivió en Bruselas, luego en un pequeño burgo, Vianden, del que se guardan motivos poéticos y pictóricos sacados por el poeta durante su proscripción. Desde 1823 a 1827, alternó un volumen de Odas con las novelas «Han de Islandia» y «Buj-Jargal», de las que más tarde se habría de arrepentir. El 27 estrenó «Cromwell», preludio decisivo del Romanticismo. En 1843 dejó de escribir durante mucho tiempo por dos razones: la de estar metido en política y, sobre todo, el dolor que le produjo la muerte de su hija Leopoldina, ahogada en un naufragio cerca de Villequier, cuando hacía su viaje de novia. El 1853 reinició su producción con «Napoleón el Chico», panfleto primordial de «Los Castigos», publicando desde entonces lo más granado de su obra: *Las Contemplaciones*; *Los Miserables*; *Las Voces Interiores*; *Los Trabajadores del Mar*; *El Hombre que ríe*; *La Leyenda de los Siglos*; *El Noventa y Tres*; *Los Cuatro Vientos del Espíritu*. Murió a los ochenta y tres años, dejando inéditas muchas obras de las cuales han sido publicadas: *Teatro en Libertad*; *El fin de Satán*; *Cosas vistas*; *Toda la Lira* y una parte de su correspondencia.

Las exequias fueron extraordinarias. El Arco de Triunfo de la Estrella estaba cuajado de crespones negros y bajo él, el túmulo. Hoy, su cuerpo descansa en el Panteón. Una de las proposiciones que se han hecho con ocasión del cincuentenario es trasladar su tumba a un sitio sin techo. Que los muros tristes y grisientos que elaboró Soufflot no parecen indicados para con-

tener aquel despojo grandioso. Un monumento, aire libre y el sol cayendo sobre las piedras del sepulcro. No se ha decidido nada todavía. Por París circula, ante la conmemoración, en medio de la hondura de una tragedia humana que anda en estos días por la gran ciudad, junto a una amenaza de guerra, la frase pomposa de Víctor: «Guerra a la guerra; Muerte a la muerte»; y un dejo romántico anima y entristece la corriente del Sena, donde se miran, sin Cuasimodo, las volutas y gárgolas de la catedral de Nuestra Señora.

Magnus Hirschfeld

□ En Niza, donde convalecía de una larga enfermedad, ha muerto el Doctor Magnus Hirschfeld, alemán, desterrado a Francia por el régimen nazi. En Sexología, Hirschfeld era quizás la primera figura científica del mundo. Por lo menos en lo referente a estudios fisiológicos y anatómicos. A los 68 años, deja una obra contenida en 180 volúmenes, todos referentes al mismo tema.

Las principales, tratan de los anormales, de los que hace una clasificación, para entrar al aspecto social de aquéllos, defendiéndolos contra la moral mal entendida y proponiendo la creación de instituciones hospitalarias y reformativas. Sus estudios sobre las hormonas le colocaron a la cabeza de los especialistas.

Los nazi, no contentos con desterrarle, destruyeron el Instituto de la Ciencia Sexual, creado por Hirschfeld en Berlín y destrozaron su laboratorio-museo. Cuando se disponía, en Francia, a reunir lo poco que había logrado salvar de este pillaje, cayó enfermo. Mejoró levemente, pero sin conseguir una total reposición, se trasladó al suave clima de la Costa Azul, donde ha dejado de existir.

Acababa de publicar, en francés, escrita directamente en este idioma, (que perfeccionó con intenso trabajo en homenaje